

## **Marina Daiez**

*Margarita Rosa Waisse*

Esta es la historia de nuestro mundo, cuyo mito de origen es el de un mundo plegado. Nace dual, sostenido por dos hermanas, la realidad y la ficción. Si bien la primera pareciera ser el eje que controla lo cotidiano, la segunda suele estar más adelantada para marcar el camino. La ficción fue la primera en quebrar la linealidad del tiempo y viajar a través de él; los imagonautas saltaron las distancias para navegar tanto en el espacio interior como en el exterior. La ficción engendró entidades interespecistas y se comunicó con criaturas de otro planeta, mientras comandaba revoluciones de todo tipo y color diseñando mundos utópicos.

A veces se entremezclan y es difícil diferenciarlas. Otras veces hay portales, agujeros o senderos; escaleras de acceso a la fantasía. El arte tiene el privilegio de ser el puente más importante entre las dos hermanas, y la materialidad es ese velo mágico que vuelve a las ficciones en cosas concretas. Como un amplificador que puede susurrarle a la realidad.

Nadie se atrevería a discutir que pintar es un acto político, lo que sucede es que a veces lo político suele confundirse con lo ideológico. Pintar no es una purga o una evasión, sino un dispenser de ficción para generar bienestar. La experiencia y percepción del instante creativo genera goce ante un mundo plagado de miedos. Y esas posibilidades del goce incluyen tirarse en la hamaca más linda del mundo, mirar un atardecer esperanzador en ese refugio que siempre nos ofrecerá el ombú, subir y bajar escaleras para cambiar los puntos de vista, sentirse flotar en el aire como un ser esponjoso hecho de dientes de león, o bucear en un mundo subacuático de colores pastel. El placer creativo nos permite enlazar con lxs niñxs que fuimos y establecer treguas que eviten anular nuestra fantasía y capacidad de sorpresa.

El goce estético y material siempre es político porque deriva en una mejor relación con otrxs, humanos y no humanos, y también nos regala una mejor conexión con el pasado y el futuro. Pintar es una reelaboración de los afectos. Margarita Rosa Waisse es la tía abuela de Marina, desaparecida por la dictadura cívico militar. Fue profesora de literatura, amante de la ficción y la fantasía. Si bien Marina no la conoció físicamente, la lleva adentro y, junto a ella, se siente más libre.

Perseguir la magia es una tarea de generaciones. Esto no impide gozar de increíbles resultados en el medio de este camino, sino todo lo contrario. Esa conexión con el pasado y con el futuro es lo que nos habilita a gozar las fantasías del presente. Y tanto hacia atrás, como hacia adelante, siempre estará el ombú para protegernos.

*Javier Villa*

Cuando unx entra al taller de Marina que queda en Chacarita, lo primero que ve es una hamaca paraguaya (desde acá le decimos "paraguaya" pero en Paraguay se le dice solo hamaca). Yo no sé si es muy común tener una hamaca en un taller, pero ahí está y llama la atención porque está colgada apenas cruzas la puerta y ocupa bastante espacio en el lugar, que no es muy grande. Cuando cruzás la hamaca empiezan las pinturas. Pinturas de óleo y acrílico frescas de distintos tamaños, desperdigadas por todo el espacio entre libros, cuadernos, la compu, el mate, alimentos, la ropa para nadar y, principalmente, muchos materiales.

El taller, además de ser el lugar donde Marina crea sus obras, también es donde da sus clases de pintura, donde trabaja en los libros de artistas de la editorial El Dije, donde piensa las actividades para hacer con las personas que asisten al hospital de rehabilitación psicofísica Rocca, al que ella llama cariñosamente el *hospi*, y también donde hace no mucho organizaba las tareas de La Cueva, lugar donde trabajaba en una huerta comunitaria con lxs vecinxs del barrio. Entonces para una artista tan movidiza y experimentadora activa de las prácticas en común, es decir, que anda mucho a las corridas, se vuelve necesario el descanso que puede ofrecer una hamaca colgante.

Comienzo con el taller como posibilidad de decir y porque, aunque pueda parecer obvio, ese taller fue el primer ambiente de esta muestra: las obras nacen de ese ambiente, están metidas en él, y ese ambiente se ha metido en cada una de ellas para dar forma y extensión a esta muestra. Así como también los diferentes trayectos de Marina la fueron dibujando por los bordes, como hacen los pájaros con los límites de sus territorios, que no necesariamente son suyos, ni resultan ser siempre un espacio físico, sino que pueden ser un conjunto de comportamientos. ¿Una muestra no es también un conjunto de comportamientos de unxs o de varixs?

Ahora, en la galería, la hamaca del taller pasó al estado de oruga y nos comparte su capullo móvil para pasar un tiempo ahí. Seguramente serán unos minutos, quizás algunas horas, aunque, volviendo de nuevo a la naturaleza (que no está lejos), algunos bichos pueden estar toda su vida adentro de su capullo, como las bicho canasto hembras que por ningún ningún motivo salen de su canasto. Así que si unx se cansa de la verticalidad del estar paradx, puede ir a la horizontalidad de la hamaca oruga y entregarse a un momentito de ocio y descanso, acompañando el bamboleo de un mensaje callado, todavía por conocer.

Desde que empezamos a encontrarnos y conversar con Marina sobre esta muestra, no puedo dejar de pensar en el ombú que ella pintó. "El ombú", como si existiera uno solo, sería mejor decir un ombú, que Marina pintó un ombú, o un *árbol de la bella sombra*, como también se lo conoce a este árbol nativo de hojas caedizas y tronco enorme y blandito. Para Marina este ombú es el emblema, el símbolo que territorializa todas las obras de la muestra. Como si todas las demás fueran partes microscópicas o moleculares del ombú. Todo alrededor tiene que ver con él.

Pruebo poner en pausa las diferencias para imaginar posibles vínculos entre este ombú de Marina y otros ombúes pintados por acá. Yendo bastante para atrás, pienso en el ombú que pintó Prilidiano Pueyrredón en su cuadro *Un alto en el campo* del año 1861. Ahí Prilidiano pinta un conjunto de situaciones en las cercanías de un ombú: una chica tomando mate apoyada en el tronco; un niño jugando a montar un caballo en las raíces; peones, capataces y patrones reunidos en armonía alrededor del árbol, que tiene mucho protagonismo. Es una mirada con añoranza de un campo ideal. Dicen que fue Pueyrredón quien inició la práctica de plantar árboles en la ciudad de Buenos Aires "para alegrar la vida de la gente". Este pintor urbanista pidió plantar más de trescientos paraísos en lo que hoy es la Plaza de Mayo. Esos árboles y muchas otras especies arbóreas, crecieron al compás de los sucesos históricos de nuestro país, como testigos muy altos. En ese sentido el ombú de Marina es testigo de nuestro tiempo, un tiempo vertiginoso que nos está haciendo repensar tantas cosas, entre ellas, nuestras prácticas artísticas y, sobre todo, nos moviliza a estar juntxs. *El árbol da sombra al viajex cansadx.*

Me invade los pensamientos el ombú (ya no se cuál) y todas las cosas que solo en Argentina, Paraguay y Uruguay hoy en día se llaman "El Ombú": restaurantes, remiserías, escuelas, almacenes, plazas, canchitas de fútbol, kioscos, viveros, puestos de diarios y revistas, clubes, lugares de ropita de bebé, radios, lavaderos, senderos, cerrajerías, centros de jubiladxs, compra y ventas, librerías... Muchxs tienen su ombú. Quizás todxs estamos a la vez añorando algo.

"Hay árboles como trazos y trazos como árboles" dice un poema de Beatriz Vignoli que se llama *Árbol solo*, dedicado en letra chiquita al pintor rosarino Manuel Musto. Es linda esta frase espejada en el poema porque nos hace ir hacia los rincones de la pintura, a lo que sucede entre trazo y trazo, a las pequeñas regiones del árbol donde quizás podrían vivir los seres representados en algunas obras de la muestra: florecillas que salen de noche, criaturas naciendo juntas de un capullo, personajes con lenguas espiraladas muy finitas en gestos lúdicos, cositas con fisonomía de pompones que a su vez son cuerpo de otro ser parecido al Sol. Estxs seres resguardan en su coacción y coexistencia las energías grupales y colectivizantes de la muestra, sobre todo si las consideramos como criaturas polinizantes, poliamorosas y creadoras de condiciones para formar territorio.

El ombusillo creció y su copa frondosa está en flor. Pero qué distinta es Marina con las pinturas de relieve. Estas obras por su expansividad material crecen hacia adelante, pero en altura se mantienen pequeñas como un bonsai. Ahora me pregunto si es Marina o si es la madera que les hace de soporte la que les mantiene el tamaño a estas pinturas, ya que son indisolubles. Bonsai es justamente eso: la planta y la maceta juntas. La madera y los demás materiales e instrumentos que intervienen en las obras son como personajes que dan su propia pauta.

A los 17 años Marina quiso hacer una cortina de mostacillas para su cuarto porque las que vendían no le gustaban. Esas cortinas tenían poquitas mostacillas, puestas de una manera muy espaciadas entre sí, y ella lo que quería era una cortina total, llena de mostacillas. Hoy revisita ese material mostacilla y lo hace parte, junta con lo demás, haciéndonos recordar, una vez más, que *lo que hay* también es abundante. Son nuestros laureles victoriosos esas mostacillas adolescentes.

Otros materiales son más bien médiums: transmiten sus cualidades a otros materiales como una influencia. Lo es, por ejemplo, el material aplicado en los relieves que une y contiene a las pequeñas cosas dándoles sostén, un material que proviene de las mismas paredes del taller de Marina, de un momento de mantenimiento y reparación. También el color blanco actúa como médium. Casi todos los colores de las pinturas de la muestra se deslizaron por el blanco, transformándose por un leve tratamiento de luz que hizo surgir el tono pastel que caracteriza a este conjunto de obras.

Los colores, los géneros textiles, las formas blandas y maleables, arman una atmósfera suave que propicia el reposo o al menos ayuda a bajarle el ruido a los pensamientos ansiosos que también son parte. Pienso en la inteligencia de las manos que pinta con miles de puntitos y en el acopio de materiales como maneras de darle calma al cuerpo o de llegar a estados sensibles distintos para transitar las escenas de luz y oscuridad.

Hoy el arte y sus manifestaciones son cosas para ser defendidas y amadas. Dependen de ser defendidas y amadas, al menos yo y creo que más personas que están con el arte lo vemos así. Quizás a esta muestra se la puede habitar como una oruga o una mariposa o como un punto. O sino como el viento, esa existencia que da inclinaciones raras a las cosas y que en su andar invisible arma colecciones espontáneas de ramas, hojas y todo tipo de basuritas en la superficie del suelo.

A Margarita Rosa Waisse ♥

Vale Lopez Muñoz, Febrero del 2024